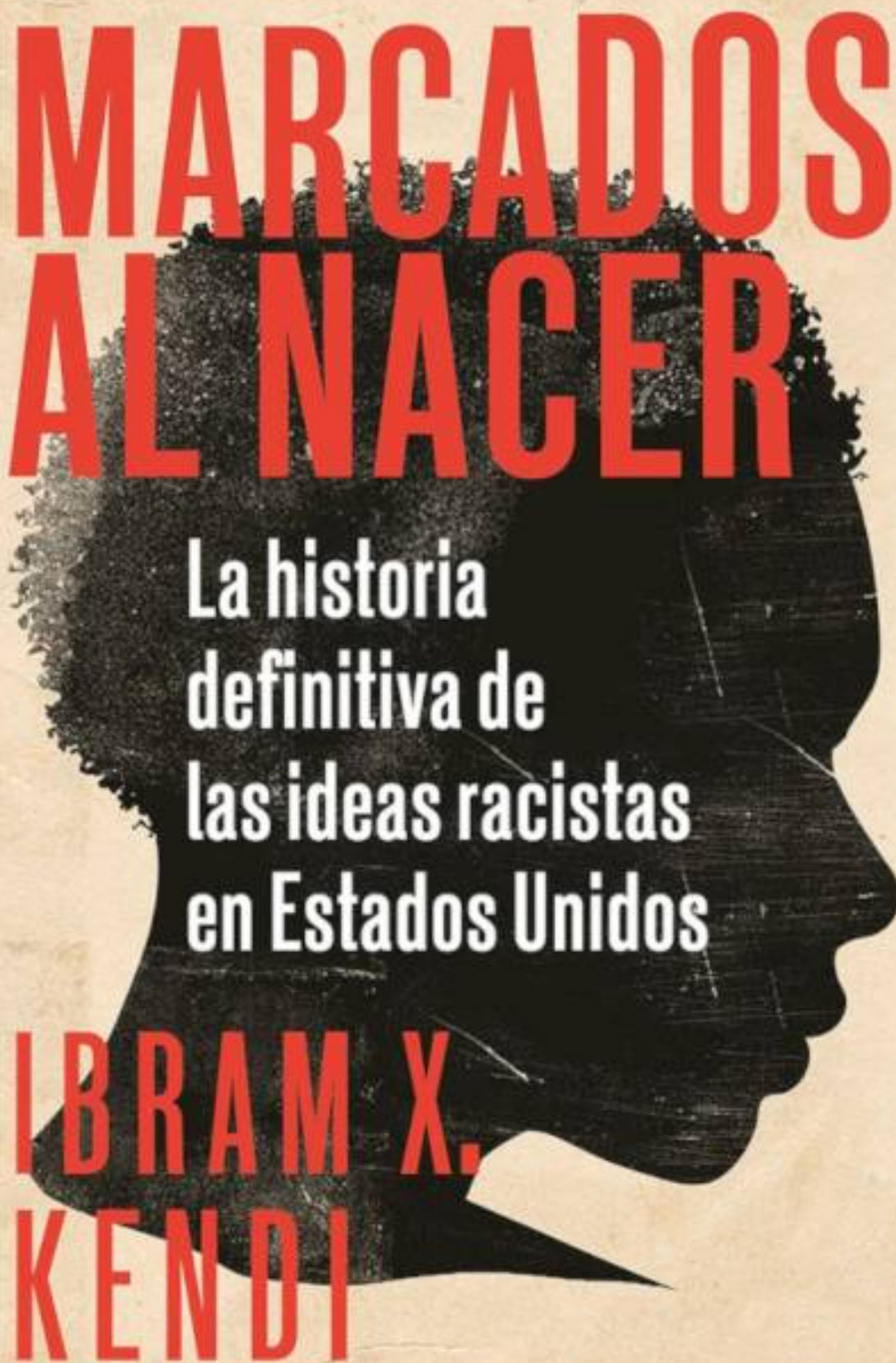


# MARCADOS AL NACER



La historia  
definitiva de  
las ideas racistas  
en Estados Unidos

IBRAM X.  
KENDI

Tras la elección de Barack Obama, muchos declararon el inicio de una era postracial. Sin embargo, el pensamiento racista, más sofisticado e insidioso que nunca, sigue profundamente arraigado en la sociedad estadounidense. Tal y como argumenta Ibram X. Kendi -la voz más influyente de la lucha antirracista y uno de los referentes actuales del movimiento #BlackLivesMatter-, aunque las ideas racistas se desarrollan, difunden y consagran muy fácilmente, también se las puede desacreditar. Y esto es lo que se propone con *Marcados al nacer*, una obra maestra galardonada con el National Book Award que derriba la idea, muy asentada, de que el racismo es consecuencia directa de la ignorancia o el odio.

En esta investigación histórica profundamente documentada, Kendi nos demuestra cómo en Estados Unidos las mentes más brillantes de diferentes épocas se han esforzado en crear y perpetuar instituciones racistas y un sistema basado en políticas discriminatorias, para luego generar ideas y actitudes racistas que justifiquen *ex post facto* la esclavitud y la segregación. Al hablar sin tapujos del racismo y de su turbia historia, este libro nos dota de las herramientas necesarias para desenmascararlo, y se convierte en una lectura indispensable en los tiempos que corren.

## Índice de contenido

Cubierta

Marcados al nacer

Prólogo

PRIMERA PARTE Cotton Mather

- 1 La jerarquía humana
- 2 El origen de las ideas racistas
- 3 La llegada a América
- 4 La salvación de las almas, que no de los cuerpos
- 5 Las cazas de negros
- 6 El Gran Despertar

SEGUNDA PARTE Thomas Jefferson

- 7 Ilustración
- 8 Objetos de exhibición negros
- 9 «Creados» iguales
- 10 Persuasión por elevación
- 11 Traseros gordos
- 12 Colonización

TERCERA PARTE William Lloyd Garrison

- 13 Una igualdad gradual
- 14 Embrutecidos o civilizados
- 15 Alma
- 16 Al borde de la crisis
- 17 El emancipador de la historia

- 18 ¿Preparados para la libertad?
- 19 La reconstrucción de la esclavitud
- 20 Reconstruir la culpa

#### CUARTA PARTE W. E. B. Du Bois

- 21 La renovación del Sur
- 22 Los horrores del Sur
- 23 Los Judas negros
- 24 La gran esperanza blanca
- 25 El nacimiento de una nación
- 26 La persuasión mediática
- 27 Old Deal
- 28 La marca de la libertad
- 29 Resistencia masiva

#### QUINTA PARTE Angela Davis

- 30 La Ley de Derechos Civiles
- 31 Poder Negro
- 32 Ley y orden
- 33 Las drogas de Reagan
- 34 Nuevos demócratas
- 35 Nuevos republicanos
- 36 99,9 por ciento iguales
- 37 El negro extraordinario

Epílogo

Agradecimientos

Notas

*A las vidas que se dijo que no importaban.*

## Prólogo

Todos los historiadores escriben en –y reciben la influencia de– un momento histórico determinado. Mi momento, el momento de este libro, coincide con los asesinatos tanto televisados como no televisados de una serie de personas desarmadas a manos de agentes de la ley, así como con los hechos tanto televisados como no televisados de la estrella fugaz que supuso #BlackLivesMatter, durante las noches más turbulentas que se vivieron en Estados Unidos. De un modo u otro, me las arreglé para escribir este ensayo en los lapsos entre los desgraciados incidentes de Trayvon Martin, Rekia Boyd, Michael Brown, Freddie Gray, los Nueve de Charleston y Sandra Bland, una sucesión de infortunios que son el producto de la historia de las ideas racistas en Estados Unidos, tanto como este libro de historia de las ideas racistas es el producto de tales infortunios.

De acuerdo con las estadísticas federales, entre 2010 y 2012 las probabilidades de que un joven varón negro fuese asesinado por la policía eran veintiuna veces superiores con respecto a un blanco de una edad similar. Puede que las disparidades raciales entre las mujeres que son víctimas mortales de la fuerza policial, cuyo registro y análisis son muy pobres, sean aún mayores. Los datos federales recogen que la riqueza media de los hogares blancos es de unas trece veces la de los hogares negros, un dato abrumador, así como que las personas negras tienen cin-

co veces más probabilidades de acabar encarceladas que las blancas<sup>[1]</sup>.

Aunque tales estadísticas no deberían sorprender. Es probable que la mayor parte de los estadounidenses estén al tanto de la disparidad racial en materia de asesinatos policiales, en la riqueza, en los índices de encarcelamiento..., en prácticamente todos los aspectos de la sociedad de Estados Unidos. Por «disparidad racial» me quiero referir al hecho de que los grupos raciales no están representados en las estadísticas de acuerdo con la envergadura de sus poblaciones. Si las personas negras suponen el 13,2 por ciento de la población estadounidense, entonces deberían constituir más o menos el 13 por ciento de la población asesinada por la policía, así como alrededor del 13 por ciento de la población en las cárceles, y poseer cerca del 13 por ciento de la riqueza nacional. Pero, a día de hoy, Estados Unidos está muy lejos de la paridad racial. Los afroamericanos poseen el 2,7 por ciento de la riqueza del país, al tiempo que constituyen el 40 por ciento de la población encarcelada. Se trata de ejemplos de disparidad racial, una disparidad que se remonta a una época anterior al nacimiento de Estados Unidos<sup>[2]</sup>.

En 2016, el país celebró su 240 cumpleaños. Pero, incluso antes de que Thomas Jefferson y el resto de los padres fundadores declarasen la independencia, los estadounidenses ya estaban envueltos en un debate en torno a las disparidades raciales, sobre por qué existen y persisten, así como sobre por qué los estadounidenses blancos, en cuanto que grupo, prosperaban más que los estadounidenses negros. Ha habido tres posiciones históricas en este acalorado debate: la de la familia que podemos llamar «segregacionista», que consiste en culpar a las propias personas negras de las disparidades raciales; otra familia, a la que podemos llamar «antirracista», señala con el

dedo a la discriminación racial; por su parte, la familia a la que podemos llamar «asimilacionista» ha tratado de defender ambas posturas, al mantener que tanto las personas negras como la discriminación racial son responsables de las disparidades raciales. Durante la controversia en curso sobre los asesinatos policiales, estas tres caras han acaparado la atención en el debate. Los segregacionistas se han dedicado a culpar al comportamiento imprudente y delictivo del que hicieron gala las personas negras asesinadas por los agentes de policía; Michael Brown, por ejemplo, era un ladrón amenazante y monstruoso, por lo que Darren Wilson tuvo razones para temerlo y acabar con su vida. Los antirracistas han responsabilizado al comportamiento imprudente y racista de la policía; en este caso, el énfasis estaría en que la vida de un chico de dieciocho años y piel oscura no tenía valor para Darren Wilson. Los asimilacionistas han tratado de ir en ambas direcciones; tanto Brown como Wilson habrían actuado como criminales irresponsables.

Esta discusión a tres bandas recurrente en los últimos años da una idea de los tres argumentos diferentes de los que se tratará en *Marcados al nacer*. Durante casi seis siglos, las ideas antirracistas se han enfrentado a dos tipos de ideas racistas, las segregacionistas y las asimilacionistas. La historia de las ideas racistas que sigue es la de esas tres voces –la de los segregacionistas, los asimilacionistas y los antirracistas– y la de cómo cada una de ellas ha racionalizado la disparidad racial, en su explicación de por qué los blancos se han quedado en el margen de la vitalidad y el triunfalismo mientras que los negros se han tenido que conformar con el de la muerte y la privación.



El título *Marcados al nacer* está sacado de un discurso que el senador por Mississippi y futuro presidente de la Confederación Jefferson Davis dio ante el Senado estadounidense el 12 de abril de 1860, en el que se oponía a una ley de fondos para la educación de los negros en Washington D. C. «Este no es un Gobierno de negros para negros, [sino] de blancos para blancos», aleccionó Davis a sus colegas. En su opinión, la ley se fundamentaba en la falsa noción de equidad racial, cuando en realidad la «desigualdad entre la raza blanca y la raza negra [estaba] marcada al nacer»<sup>[3]</sup>.

No sorprenderá que Jefferson Davis considerase que las personas negras eran distintas biológicamente e inferiores a las blancas, que la piel negra era una fea impronta sobre el precioso lienzo blanco de la piel humana normal y que dicha impronta constituía una evidencia de la sempiterna inferioridad de los negros. Quizá sea más fácil identificar y condenar como obviamente racista un pensamiento de este cariz, de tipo segregacionista, pero hubo una gran cantidad de estadounidenses prominentes, quienes en muchos casos tenían muy buenas intenciones y a muchos de los cuales honramos hoy por sus ideas progresistas y por su activismo, que se adscribieron al pensamiento asimilacionista, que también exhibía ideas racistas sobre la inferioridad de los negros. Hemos hecho mención a la gloriosa batalla de los asimilacionistas contra la discriminación racial y, también, hemos pasado por alto el no tan glorioso hecho de que, desde estas posturas, se responsabiliza en parte a los comportamientos inferiores de los negros de las disparidades raciales. Puesto que asumen la igualdad racial desde la biología, los asimilacionistas ponen el acento en el ambiente (los climas cálidos,

la discriminación, la cultura o la pobreza) como el origen de tales conductas, a partir de lo cual, mantienen que la solución sería borrar esa horrible marca negra, pues los comportamientos inferiores de los negros podrían superarse si se les diera el entorno propicio. Por eso, los asimilacionistas hacen un fomento constante de la adopción de los rasgos culturales o los cánones de belleza de los blancos por parte de los negros.

En un estudio capital de 1944 sobre las relaciones de raza, reconocido como uno de los catalizadores del movimiento por los derechos civiles, el economista sueco y premio Nobel Gunnar Myrdal dejó escrito: «Sería de lo más ventajoso para los negros estadounidenses, tanto en cuanto que individuos como en cuanto que grupo, asimilar la cultura norteamericana y, así, adquirir los mismos rasgos que se tienen en estima en los blancos dominantes». Asimismo, en *An American Dilemma* había afirmado que «en prácticamente cada una de sus divergencias, la cultura de los negros estadounidenses supone [...] un desarrollo distorsionado, o bien un trastorno patológico, del general de la cultura estadounidense»<sup>[4]</sup>.

Con todo, hay, y siempre ha habido, una persistente línea de pensamiento antirracista en el país, la cual ha plantado cara a esas otras, la asimilacionista y la segregacionista, constituyéndose en la vía de la verdadera esperanza. Los antirracistas llevan mucho tiempo insistiendo en que la discriminación racial también viene marcada desde el nacimiento de Estados Unidos, lo cual explicaría que las disparidades raciales existan y persistan. A diferencia de los segregacionistas y los asimilacionistas, los antirracistas asumen que los distintos colores de la piel, texturas del cabello y formas culturales de negros y blancos están al mismo nivel, son iguales en todas sus diferencias. Tal y como la legendaria poeta negra y lesbiana Audre Lorde dic-

taminaba en 1980: «No tenemos patrones para relacionarnos como iguales más allá de nuestras diferencias humanas»<sup>[5]</sup>.

Las ideas racistas serían de todo menos simples, claras o previsibles, y de ahí su historia. Para ser francos, ha habido varias generaciones de estadounidenses para quienes las ideas racistas han sido algo de sentido común. La sobria lógica de las ideas racistas ha servido para manipular a millones de personas en el transcurso de los años y sofocar una realidad antirracista mucho más compleja, una y otra vez. Por eso, no se puede ofrecer a los lectores esta historia en la forma de una narración de predicción fácil, en la que un racismo absurdo se opondría a la racionalidad del antirracismo; en resumidas cuentas, no es una historia que pueda ofrecerse a los lectores en la forma de una batalla hollywoodiense entre dos bandos, el obvio bando de los buenos y el obvio bando de los malvados, con un desarrollo cómodo y previsible, en la que los buenos acaban triunfando al final. Desde el principio se ha tratado de una batalla a tres bandos, en la que las ideas antirracistas se han estado enfrentando a la vez con dos tipos de ideas racistas y en la que, en última instancia, tanto los buenos como los malvados han acabado fracasando y triunfando al mismo tiempo. Tanto las ideas segregacionistas como las asimilacionistas han recurrido a argumentos atractivos para investirse de bondad, a la par que se han asegurado de cubrir las ideas antirracistas con un velo de perfidia. En este ejercicio, rara vez los segregacionistas ni los asimilacionistas han confesado sus proyectos políticos e ideas de corte racista. ¿Por qué iban a hacerlo? Los racistas no tienen ningún interés en admitir los abusos cometidos. A fin de cuentas, es mucho más audaz y exculpatorio identificar

lo hecho y dicho en el pasado como no racista. No es muy frecuente que un criminal confiese los crímenes que haya cometido contra la humanidad; los más perspicaces y poderosos de entre quienes han cometido crímenes contra los negros han legalizado sus actividades delictivas, han logrado definir ellos mismos, al margen del código penal, sus crímenes de comercio de esclavos, así como la esclavización en sí, la discriminación y el asesinato al margen del código penal. Del mismo modo, los más perspicaces y poderosos de entre los ideólogos racistas han logrado definir sus ideas al margen del racismo. De hecho, los asimilacionistas serían los primeros en valerse, en la década de 1940, del término «racista», fueron ellos quienes lo definieron y lo popularizaron. Al mismo tiempo, se negaban a calificar sus propias ideas asimilacionistas sobre la inferioridad comportamental de los negros como racistas. Para ellos, solo las ideas segregacionistas sobre la inferioridad biológica podían definirse como racistas. Y los segregacionistas, a su vez, siempre se han resistido a aceptar la etiqueta de «racista», para manifestar, por el contrario, que no se trata más que de la expresión de la palabra de Dios, del diseño natural, las ideas de la ciencia o, simple y llanamente, el sentido común de toda la vida<sup>[6]</sup>.

Todos estos empeños interesados, por parte de facciones con poder, para definir su retórica racista como no racista han dejado a los estadounidenses divididos sobre lo que son en esencia las ideas racistas y, por ende, ignorantes al respecto. De esta manera, es posible que un estadounidense que piensa que hay algo errado en la gente negra considere, de algún modo, que no por ello es racista. Pero el caso es que decir que hay algo errado en un grupo equivale a afirmar que es, en alguna medida, inferior. Se trata de enunciados con una conexión lógica, tanto si los estadounidenses son conscientes de ello como si no

lo son, tanto si lo admiten como si no lo hacen. Cualquier historia exhaustiva de las ideas racistas habrá de lidiar con una manipulación y una confusión constantes, para distinguir con buen tino los registros en los que se exponen esta clase de ideas de aquellos en los que no se hace. Mi definición de una idea racista es sencilla e incluye todo concepto que implique, de cualquier modo posible, la inferioridad o la superioridad de un grupo racial con respecto a otro; en particular, defino las ideas racistas contra los negros —el tema de este libro— como cualquiera que insinúe, de cualquier modo posible, que las personas negras o cualquier grupo de personas negras son inferiores a otro grupo racial.

Al igual que ocurre con toda raza identificable, la negra es en realidad un conjunto de grupos diferenciados por género, clase, etnicidad, orientación sexual, cultura, color de la piel, profesión y nacionalidad, entre otra serie de identificadores, incluidas las personas birraciales, que pueden identificarse o no como negras. Todos y cada uno de los grupos negros reconocibles han estado sujetos a lo que la teórica crítica de la raza Kimberlé Crenshaw ha llamado «interseccionalidad», es decir, el prejuicio derivado de la intersección de las ideas racistas y otras formas de intolerancia, como el sexismo, el clasismo, el etnocentrismo o la homofobia. Por ejemplo, las nociones sexistas de que las mujeres son el sexo débil y las racistas de que las mujeres negras no son mujeres de verdad se han interseccionalizado para dar lugar al racismo de género, con el concepto de la mujer negra fuerte, inferior a la máxima expresión de la femineidad, encarnada por la débil mujer blanca. En otras palabras, pensar que las mujeres, como grupo, son estúpidas es sexismo; pensar que las personas negras, como grupo, son estúpidas es racismo, y pensar que las mujeres negras, como grupo, son estúpidas es ra-

cismo de género. Tales intersecciones han desembocado asimismo en articulaciones de racismo de clase (el menosprecio a los negros pobres y a los negros integrados en la élite), racismo LGTBIfobo (el desdén hacia lesbianas, gais, bisexuales y personas transgénero de raza negra) o racismo étnico (con la invención de una jerarquía de grupos étnicos negros), por mencionar algunos ejemplos. Por lo general, los relatos históricos de amplio alcance sobre las ideas racistas se han venido centrando en el racismo hacia las personas negras en general, desatendiendo las concepciones de intersección de los grupos negros específicos o incluso los espacios negros, como los barrios negros, las escuelas negras, los negocios negros o las iglesias negras. La narración de *Marcados al nacer* captura ambos fenómenos, tanto lo general como las formas específicas de las ideas asimilacionistas y segregacionistas<sup>[7]</sup>.

*Marcados al nacer* narra la historia integral de las ideas racistas, desde sus orígenes en la Europa del siglo XV, pasando por la época colonial, durante la que los colonos británicos llevaron a Norteamérica las suyas, hasta llegar al siglo XXI y a los debates actuales sobre los acontecimientos que están teniendo lugar en nuestras calles. Hay cinco personajes principales que, en particular, nos servirán como guías en esta excursión, a medida que vayamos explorando el paisaje de las ideas raciales a través de cinco periodos de la historia de Estados Unidos. Durante el primer siglo de existencia del país, las ideas racistas de tipo teológico fueron vitales para la legitimación del crecimiento del esclavismo en el país, así como para su aceptación por parte de las congregaciones cristianas. Eran parte integrante de los sermones del predicador e intelectual más

importante del Estados Unidos temprano, el teólogo bostoniano Cotton Mather (1663-1728), quien será el primero de nuestros guías turísticos. Cotton Mather era nieto y depositario de los apellidos de dos pioneros e intelectuales de Nueva Inglaterra, John Cotton y Richard Mather, unos predicadores puritanos que contribuyeron a la propagación de las ideas racistas europeas, una tradición con doscientos años de antigüedad, hasta el otro lado del océano Atlántico. Para justificar el esclavismo en Estados Unidos y ganar conversos, proclamaba la disparidad racial en lo físico, al tiempo que insistía en que las almas oscurecidas de los esclavos africanos podían llegar a ser blancas si se convertían al cristianismo. Sus escritos y sermones se leyeron profusamente en las colonias y en Europa, donde los padres de la revolución científica –después, la Ilustración– se estaban dedicando a racializar y dotar de una esencia blanca a los europeos, así como a conceptos como «libertad», «civilización», «racionalidad» o «belleza». Durante la Revolución de las Trece Colonias y en adelante, unos años que fueron testigo de un asombroso crecimiento del esclavismo en Norteamérica, tanto los políticos como los intelectuales seculares se unieron por igual a la batalla por la justificación de la esclavitud. Entre estos defensores se encontraba uno de los políticos e intelectuales seculares más poderosos de Estados Unidos, nuestro segundo guía turístico, Thomas Jefferson (1743-1826), contrario al esclavismo y al abolicionismo.

Jefferson murió en vísperas de los movimientos por la emancipación y los derechos civiles del siglo XIX, cuya punta de lanza fue, en parte, el diligente director de *The Liberator*, William Lloyd Garrison (1805-1879), nuestro tercer guía. Al igual que ocurría con el resto de sus colegas, la mayor parte de las apasionadas ideas antiesclavistas de Garrison, de corte instrumental, con las que atraía a los es-